

Paqui Ortega

–Capítulo 1–

Rasgueo la guitarra y canto, canto a pleno pulmón. Al fin y al cabo son las siete y media de la tarde, y desde el sexto A, el último, no creo que moleste demasiado a los vecinos. Puede que desafíe un poco, no lo dudo, hace siglos que no cojo la guitarra, y con público quizá desde el bautizo de mi sobrina Lucía, que tiene casi dos años. Aunque delante de Rafa no hace tanto, él vive conmigo y no le queda otra que escucharme; pero no cuenta. Me aplaudiría aunque sonara como Álex, el niño del 2º D que taladra los oídos de todo el edificio cada tarde con el estridente pitido de la flauta. Suerte que al menos dos semanas al mes trabajo de tres a once.

Cuando estudiaba en la Complutense formé parte del grupo *Woolf*, éramos tres: Sara, de Filosofía; Gema de Bellas Artes; y yo, de Humanidades, lo mejorcito de la generación del *No a la guerra*. ¡Qué bien lo pasábamos. A mi madre casi le dio un pasmo cuando se enteró. Aquellos años fueron la raíz de sus problemas cardiacos, y lo digo en serio. Primero: la carrera inútil de letras, según ella. Después: la Universidad pública, porque no quedaba otra. Y tercero: las nuevas amistades con rastas, que no se perdían una manifestación y hasta me enseñaron a jugar el mus. El colmo del colmo, sin duda, fue el grupo. ¿Cómo una señorita nacida en el barrio de Salamanca, podría acabar actuando con semejantes haraganas? me repetía a modo de letanía. Hasta entonces, los feligreses de la parroquia de Nuestra Señora del Pilar habían sido los únicos privilegiados que habían podido disfrutar de mi talento musical del coro.

Se oye la triple vuelta de la llave y el chirrido de la puerta. Rafa entra con la bici, viene medio empapado. Del bolsillo de su abrigo emana un olor a carbón en tardes de frío, ¡sí, castañas! Espero que, al menos, el cucurucho se haya salvado de los goterones. Sonríe de oreja a oreja. Incluso con chándal está guapo.

–¡Bravo! –apoya la bicicleta en la pared y aplaude –¡Deberías dar más conciertos! –Me besa, mientras la sujeta. Se la lleva a la terraza para dejarla en su sitio.

–¡No olvides que te has casado con una artista!

Rafa, que ya se ha quitado el abrigo, vuelve con las castañas y me alarga el cucurucho. –¿Por qué has dejado de tocar?– Con la boca llena, emito un sonido inteligible. Mi marido interpreta ese gruñido como un «vale, cariño, encárgate de buscar el viaje mientras sigo tocando». Pero no, no ha captado bien el mensaje. Coloco la guitarra en su funda y me lanzo literalmente sobre el sofá.

–Más cuidado que está en garantía –dice con una mueca de burla.

–Cosas peores habrá visto esté sofá...–Lo beso.

Me ovillo a su lado mientras la lluvia golpea los cristales. El portátil ya está listo para abrir los mejores buscadores de ofertas.

–¿Por qué no a Japón? –le sugiero con el labio inferior de fuera.

–O a Australia, ya puestos –me saca la lengua –¿Cómo vamos a abrir la clínica el año que viene si nos gastamos el dinero en un viaje así?

–Tal vez si alquiláramos un local estaríamos más tranquilo.

–¿Alquilar? ¿Has visto cómo se están poniendo los precios en Madrid? –alarga la mano hasta el cucurucho de castañas que reposa en la mesa desde hace veinte segundos y se come la primera de la temporada –Mmmm, qué rica.

–¿Dónde vamos entonces? ¿Barato y cercano? ¡A Portugal!

–¡Otra vez! Si tenemos los armarios llenos de toallas y hasta cantamos fados en la intimidad. Una casa portuguesa, portuguesa –entona entre risotadas, como un niño que acaba de probar la tarta que se está enfriando en la cocina.

–Payaso –le golpeo con el cojín que tengo en la espalda, muerta de risa –Ya me has vuelto a contagiar. Como me entre hipo, te vas a enterar. –Rafa coge otro cojín del sofá y responde a mi ataque.

–Serás...–Y ahí comienza una pelea de cojines, que podría ser de almohadas, si nos diéramos tregua y cruzáramos el pasillo hasta el dormitorio, a unos tres metros escasos.

El piso es pequeño, desde luego, sus cincuenta metros cuadrados están diseñados para parejas que no discutan ni tengan secretos. Si acabas de tener una trifulca, puedes aislarte como máximo en la única habitación, con la esperanza de que el otro elija el salón. Eso sí, éste último contará con la ventaja de los víveres gracias a la diminuta cocina americana. Así que mejor hacer las paces antes de la cena, o como último recurso, darse una vuelta por el barrio. Siempre tan concurrido, señorial y castizo, pero a la vez moderno: con sus franquicias y gastrobares; sus cines y teatros, mi pequeño paraíso: Chamberí. Fue un verdadero regalo de la providencia que Rafa lo heredara de su tía abuela soltera de Santander. En origen contaba con unos cien metros, no sabría explicar el misterio de las dimensiones actuales, pese a que mi suegro me ha explicado la historia mil veces.

–Ya...basta –suplico casi sin aliento, con mi media melena enmarañada. Él, con la ropa y el pelo intactos, podría continuar con la batalla el tiempo que quisiera. Se nota que hace deporte de verdad, y no *selfies* con equipación, como tantos otros.

Rafa levanta el cojín en son de paz; yo hago lo propio. Me mira como si no existiera nadie más en el mundo. Doy gracias por esta tarde-noche de domingo, por estar abrazados sobre la mantita más suave del bazar de abajo, mientras buscamos una ganga y esperamos al repartidor de Telepizza.

–Portugal es precioso –digo mientras traigo un par de cervezas de la nevera. La cuestión es pasar unos días juntos en nuestro segundo aniversario –Le doy la cerveza.

–Gracias. –Abre su lata y bebe un trago– Ya verás qué bien cuando tengamos la clínica. Vamos a pasar las veinticuatro horas uno al lado del otro.

–Nunca te he dicho que vaya a dejar mi trabajo.

–Vir, cariño, lo odias. Te pasas la vida quejándote.

–No es verdad –Bebo un trago largo.

–Claro que lo es, ¿qué te gusta de él?

–Pues...

–Lo ves.

–...La gente, me llevo bien con mis compañeros.

–Buah, ¿qué hay de ganar 800 euros? ¿y trabajar algunos festivos? Por no hablar de aguantar los malos modos de los clientes a los que despiertas a las cuatro de la tarde para ofrecerles lo último en aspiradoras.

–Vale. No es el trabajo de mi vida, pero como cualquier otro tiene sus pros y sus contras. ¿O tú no protestas cuando te haces daño mientras tratas las lesiones de los pacientes? –Asiente–. Los fisio sois una joya, y es mejor llevarse bien con vosotros –le guiño un ojo.

–¿Ah, sí? ¡Ven aquí! –Me besa, deja el portátil en la mesa y se incorpora. Empieza a masajearme las cervicales

–Un partidazo, lo que yo decía –Cierro los ojos y me relajo mientras sus manos acarician mi cuello, suavemente, con firmeza, pero con cariño. Sus dedos se acoplan a cada músculo, cada tendón y cada nervio. Siento la calidez de sus manos y se me eriza el vello.

–Gracias, amor –mascullo para el cuello de la camisa.

¡Qué placer tener un esposo con tan buenas manos! Quién me iba a decir que acabaría con el larguirucho que me crujía el cuello como Chuck Norris. La primera vez le hubiera reventado las espinillas de una patada. «Tienes derecho a insulto», me soltó. Reconozco que por dentro me estaba acordando de su familia al completo, pero las monjas y mi señora madre me enseñaron que había que poner la otra mejilla.

El sonido de mi móvil destruye la paz. De grupos de Whatsapp estará lleno el infierno, seguro. Antes de que nos agujeree los tímpanos, me levanto del sofá y voy a buscarlo al dormitorio. Está encima de la cama, dentro del bolso, sepultado por el abrigo y la bufanda. Conseguir que pare el *biiim* es una maravilla. Oficina. Ciento cinco mensajes. Pereza. Pavor. Cojo aire y comienzo a leer desde el principio.

–Ay, han filtrado el día y sitio de la cena de Navidad –digo con el tono un poco más alto de lo normal, aunque estemos a tres metros. Me siento en la cama.

–¿Tan pronto? Pero si falta más de un mes ¿Y dónde va a ser? –pregunta Rafa que ha vuelto a sentarse en el sofá con el portátil en el regazo y varios buscadores de viajes abiertos. Lo puedo ver desde aquí con un leve movimiento de cabeza.

–Una fiesta de disfraces, ¿en serio? ¡No puede ser! –noto el sudor en las manos.

–¿Qué dices, Vir! ¿Un carnaval en Navidad?

–Liliana habla de una fiesta temática.

–Con lo que odias los disfraces...Lo que me pude reír en nuestra boda, cuando decías que te veías disfrazada solo por vestir de blanco.

–Pues claro, ¿tú me habías visto alguna vez así?

–En la foto de la comunión.

–Anda, calla. No me lo recuerdes. Parecía albina: piel de mármol, pelo nórdico y vestido de raso immaculado. Ya te lo he contado más de una vez, en el trabajo me confunden con Claire, la inglesa. –Rafa suelta una carcajada.

–Volviendo a la fiesta, siempre hay alguien que se **apunte** a un bombardeo y está encantado con la idea, ¿a **qué** sí?

–Ángel.

–¿El que se sienta a tu lado?

–Sí. **Propone que nos vistamos todos iguales y hasta que preparemos un *flashmob*.**

–Os veo asaltando los puestos de pelucas de la Plaza **Mayor. Como os lleven al sitio pijo del año pasado, acabaréis en el cuartelillo por escándalo público.**